que está parado. La rama que sostiene a éste, y que ha sostenido a los otros presidentes. (¿Dónde está la poderosa izquierda organizada y combativa, vanguardia de las fuerzas populares reunidas, que pudiera brindarle a este presidente, o al que le siguiese, el apoyo imprescindible para que respondiera con la actitud consecuente que le está exigiendo?)

Se le cobra a Echeverría, entre otras muchas cosas, no haber frenado la penetración imperialista de las inversiones directas y privadas, con lo cual se juzga mentirosa su postura nacionalista y antimperialista. Aparte el pequeño detalle de que, con las actuales estructuras de nuestra organización económica, a dichas inversiones no las detiene ni Dios Padre en persona (porque intentarlo sería como querer detener el curso de la historia del desarrollo imperialista del capitalismo sin lesionarlo, o como pretender ignorar que sólo las fuerzas crecientes que tienden hacia el socialismo constituyen la única solución a las contradicciones internas del capitalismo), se minimiza hasta lo increíble el golpe de verdadero genio político mostrado por el presidente al comprender, antes que muchos, la ineficacia de cualquier lucha exclusivamente nacional, frente a la forma transnacional que ha adquirido la agresión imperialista, y a haber actuado en consecuencia, colocando a México dentro del contexto de la lucha global tercermundista.

Por otra parte, hay quienes tratan de restar brillo a la bellísima página de la historia del periodismo mexicano, escrita durante varios años por los periodistas de

Excelsior (quienes —como tenía que ser— siguen unidos en pie combativo, organizando la formación de otro periódico), todo en nombre de un anticlericalismo del siglo pasado que no se compadece con las batallas que libran en todas partes —dentro y fuera de su Iglesia— los cristianos revolucionarios de hoy en día.

Finalmente, y para completar el cuadro, abundan quienes reducen su actividad política en estos días a tomar partido, ¡por Julio Scherer o por Luis Echeverría!

Ante tanta confusión, producto de la irresponsabilidad y la frivolidad políticas, pero alentada y manipulada por los expertos que entre nosotros tiene la CIA para dividir cualquier intento de resistencia —ya sea meramente nacionalista, o ya consecuentemente antimperialista— conviene detenerse un poco a mirar el panorama político nacional y meditar en la necesidad de asumir ya, sin más dilaciones, la respectiva porción de responsabilidad que nos corresponde en la lucha colectiva contra el fascismo que —lo estamos viendo— va ganando posiciones dentro de nuestra casa mexicana. Tal responsabilidad personal —en estos precisos momentos— no consiste en otra cosa que acudir al llamado de los partidos de izquierda —aquéllos que nos habíamos mantenido al margen de la vida política partidaria— y de activar su militancia en la misma quienes nos habían antecedido en ella. En la inteligencia de que la predilección por el partido que se escoja dependerá del grado de conciencia política que se tenga.

Entrevista publicada el 5 de mayo de 1978 en el periódico Última Hora de Palma de Mallorca, España. Francisca Bosch es miembro del Comité Central del Partido Comunista Español, y responsable política en las Islas Baleares.

FRANCISCA BOSCH ENTREVISTA A SOL ARGUEDAS

Sol Arguedas, conocida escritora y periodista mexicana, pasa unos días de descanso en Palma, como huésped de Lucía y de Antonio Llodrá. No es la primera vez que viene a España. Hace años, cuando estudiaba en París, vino a Madrid a reunirse con su padre, académico correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, quien venía a su vez de América para asistir a un congreso. Ahora Sol Arguedas ha regresado para conocer el panorama político español, después de haberse asomado al francés y al italiano, siempre persiguiendo la profundización en el conocimiento del eurocomunismo, tema en el que se interesa desde hace

algún tiempo por las proyecciones que va adquiriendo en el Continente Americano. Al preguntarle acerca de su filiación política, me contesta: "He mantenido desde hace muchísimos años un concubinato escandaloso con todos los partidos de izquierda en mi país, sin decirme todavía a legalizar mi unión extraconyugal con ninguno de ellos". Con esto también se refiere ella a su vinculación constante con todos los movimientos revolucionarios latinoamericanos. En realidad el principal motivo de su viaje a Europa fue el observar las elecciones francesas. "Allí comprendí que para apreciar mejor lo que sucedía en Francia debía ir a Italia. Y en Italia caí en la cuenta de la necesidad de venir a España". Le ha tocado vivir en poco más de dos meses acontecimientos tan importantes y relacionados entre sí como son la derrota electoral de la *gauche* francesa, el intento de impedir el compromiso histórico entre comunistas y democristianos mediante el secuestro de Aldo Moro en Italia, y los esfuerzos para propiciar un gobierno de concentración democrática en España.

—Sol: ¿cómo resumirías tus experiencias en estos países visitados?

—Diría que cuando los comunistas españoles tengan teóricos tan sutiles como los tienen los comunistas franceses, y cuando los comunistas franceses tengan políticos tan hábiles como los tienen los comunistas españoles, entonces ambos partidos, el español y el francés, habrán alcanzado a los comunistas italianos en su ya larga maduración como eurocomunistas.

—¿Cómo te interesaste en el eurocomunismo?

—Mi acercamiento al mal llamado eurocomunismo fue en Chile, en donde topé no sólo con la fundamentación teórica de la vía pacífica al socialismo, sino también con su realización política y práctica. Quien en Latinoamérica haya comprendido lo que significa la "vía chilena" en contraposición a la "vía cubana", lleva ya camino andado para entender lo que es el eurocomunismo. Y yo creo haber conocido bastante bien, y desde adentro, tanto el proceso revolucionario chileno como la revolución cubana. (De estas experiencias Sol Arguedas ha dejado testimonio en dos libros suyos: *Cuba no es una isla*, editado por ERA, y *Chile hacia el socialismo*, editado por Cuadernos Americanos.)

—Pero el eurocomunismo tal como lo concebimos nosotros me parece difícilmente aplicable en los países latinoamericanos. . .

—Por supuesto. No existen en América Latina las condiciones que determinan la aparición del eurocomunismo como tal. Sin embargo, pienso que quizá debido a una información precaria que recoge sólo aspectos truculentos de nuestras historias políticas latinoamericanas, o quizá porque la soberbia europea les impide a ustedes valorar toda la elaboración teórica realizada por los chilenos a lo largo de su riquísima experiencia revolucionaria, es que se aprecia mal el antecedente histórico —ideológico y práctico— que significó el proceso revolucionario chileno en la aparición del ahora llamado eurocomunismo. Debería reconocerse más abiertamente, además, que aquí en Europa son ustedes casi tan vulnerables ante las agresiones del imperialismo norteamericano, y tan dependientes económicamente del mismo, como lo somos nosotros. A propósito de la renuencia en Italia a aceptar la participación de la CIA, o de alguno de sus múltiples instrumentos —ya fueran alemanes o no— en el secuestro de Aldo Moro, puedo contarte lo siguiente: al enumerar yo las posibles agresiones imperialistas que habría sufrido la izquierda francesa de haber llegado al gobierno, mis amigos franceses protestaban: "Pero. . . ¡Francia no es Chile!" Lo que me hacía recordar cómo en Santiago, en vísperas de la que entonces esperábamos segura victoria de la izquierda unificada chilena, en 1964, y cuando yo les manifestaba mis temores acerca de la posiblemente brutal respuesta imperialista, protestaban los chilenos: "Pero. . . ¡Chile no es Nicaragua!"

—¿Qué quieres decir con esto? Porque lo que justamente no podemos hacer nosotros es atemorizarnos y paralizar nuestra lucha.

—Claro que no. Lo que quiero decir es todo lo contrario. El eurocomunismo es, precisamente, el instrumento más ajustado a la situación concreta de los países europeos para llegar al socialismo, dentro de la coyuntura actual de máximo poderío económico y militar del imperialismo. Porque el eurocomunismo es el resultado lógico de una nueva fase de la lucha de clases en una sociedad que ha llegado a un alto grado de complejidad social, gracias a un desarrollo económico muy avanzado y a una maduración democrática, sostenida en el tiempo, en la mayor parte de los países europeos. Como esto último no reza con la situación española, hay que darle la razón a Santiago Carrillo cuando afirma la necesidad de acelerar el proceso democrático aquí en España para alcanzar a los demás países europeos. Aquellas condiciones señaladas han determinado la revisión de muchas concepciones filosóficas tradicionales, todo a la luz del rechazo de los pueblos europeos a las soluciones bélicas o violentas en la búsqueda de métodos distintos. Como ves, mi querida Francisca, tales condiciones no se dan en América. Pienso que la derrota chilena se podría explicar por el desfase habido entre el aparentemente alto nivel de evolución política en Chile —excepcional en América— y la realidad de una economía nacional que era tan dependiente y complementaria como en el resto de los países latinoamericanos. No hubo, pues, armonía en el proceso global chileno. La gran vulnerabilidad posterior de su débil economía no guardó proporción alguna con el enorme avance político anterior al triunfo electoral. De aquí se desprende el por qué las fuerzas populares unidas llegaron a obtener el poder político —o buena parte de él— y no alcanzaron en cambio el poder económico. Por otra parte, las extrañas y fluctuantes conductas políticas de la clase media chilena fueron decisivas para aquella derrota. Y ya sabemos de la importancia de las clases medias en el proceso revolucionario por vía pacífica.

—¿Y a qué obedecían esas que tú llamas "fluctuantes y extrañas" conductas políticas de las clases medias?

—Bueno. La clase media chilena, a pesar de que, como cualquier otra clase media, se forma a partir de su núcleo de productores medianos y pequeños, es decir, de la pequeña burguesía, debió su gran incremento no tanto a fuerzas económicas liberadas por alguna transformación social profunda como ha ocurrido en otras partes, sino principalmente al surgimiento de ciertos modos de ser y de vivir, propiciados por la educación superior, tan difundida en Chile, e impartida en liceos y colegios; también se debió al crecimiento desmesurado de la burocracia. Este dudoso origen provocó en

mucho las conductas social y política de la clase media chilena. Para seguir dentro de este orden de ideas debo decirte que algo que he reafirmado, sobre todo aquí en España, es la conciencia de la necesidad de lograr en la práctica el mayor número de fuerzas populares, es decir, de lograr el máximo consenso en la lucha política, ya que es, ésta, la única manera de tener posibilidades de éxito frente al imperialismo. Pienso que si Felipe González no lo comprende así podría cargar algún día sobre su espalda una parecida responsabilidad a la que pesa hoy sobre Eduardo Frei, el dirigente democristiano chileno que impidió a las corrientes populares de su poderoso partido acudir al llamado de la Unidad Popular. Veremos si cuando Chile esté en vísperas de reiniciar su proceso revolucionario, y después de tantos sufrimientos y amarguras, muertos y torturados, los democristianos (o sea los socialdemócratas con inspiración religiosa) están dispuestos a "jalar parejo" como decimos en México.

—A tu juicio, ¿cómo ha influido Cuba en los movimientos revolucionarios latinoamericanos?

—En forma ambivalente. Por una parte el triunfo de la revolución cubana elevó sustancialmente el grado de conciencia revolucionaria en todo el Continente, dando así un impulso enorme y definitivo a los movimientos revolucionarios organizados. Por otra parte hizo nacer, entre los adolescentes políticos de todas las edades y condiciones sociales, un ansia por emular las hazañas de Fidel y del Che, las cuales, mal digeridas, se concretaron en aventuras ultraizquierdistas de catastróficas consecuencias.

Como miles de intelectuales latinoamericanos, yo me siento también vinculada a la revolución cubana, tanto racional como emocionalmente; por ello estamos casi siempre proclives a justificar todo lo que hacen los cubanos; a veces hasta las tonterías que cometen. Pero no perdemos el sentido crítico hasta el punto de no haber juzgado estúpida la intervención cubana en Venezuela, desastrosa la aventura del Che en Bolivia y errónea la visita de Fidel a Chile. En cambio, muy distinta nos parece a muchos la presencia de Cuba en África. La verdad es que como latinoamericanos nos sentimos orgullosos del gran ejemplo de solidaridad, de verda-

dero "internacionalismo proletario" que está ofreciendo Cuba. Y no hay contradicción en esto que estoy afirmando porque la diferencia no estriba en las respuestas de los cubanos, sino en cómo y cuándo y quiénes los llaman.

Los que malévolos o erróneamente piensan o dicen que los cubanos son manipulados por los soviéticos en este asunto no tienen ni el más remoto conocimiento de la altivez y del feroz sentido de la independencia del carácter de los cubanos (¡que lo diga Khrushchev!), y mucho menos de la dinámica centrífuga que es la esencia misma de la revolución cubana y, paradójicamente, el secreto de su cohesión interna.

Quiero añadirte, finalmente, que en muchos aspectos ideológicos Cuba juega en América Latina un papel parecido —toda proporción guardada— al que juega la Unión Soviética entre ustedes los europeos.

Y creo haber dejado claro en nuestra conversación de hoy que el proceso revolucionario chileno —que en ningún sentido está acabado— cumple para nosotros, en América Latina, la misma función que el eurocomunismo, aquí en Europa.

—Nos has hablado de Chile y de Cuba, ¿qué nos dices de tu país?

—En México el panorama político es muy diferente y bastante difícil de entender. Al revés de lo que pasaba en Chile, en México tenemos un relativamente más alto y diversificado desarrollo socioeconómico junto a una evolución política increíblemente primitiva y elemental. Sin embargo, desde el sexenio pasado, es decir, desde el mandato del presidente Echeverría —más deliberadamente calumniado que juzgado, y más interesadamente mal juzgado que bien comprendido— se perfila la realización de un proyecto nacional "socialdemócrata", para lo cual se están creando algunas condiciones propicias, como es la reforma política, de origen gubernamental, que se está poniendo en marcha en estos momentos. Pero México es un tema tan complejo y extenso que lo dejaremos para otro día, ¿qué te parece?